

de la andante caballería.—Confieso, dijo el caído caballero, que vale más el zapato descosido y sucio de la señora Dulcinea del Toboso, que las barbas mal peinadas, aunque limpias, de Casildea; y prometo de ir y volver de su presencia á la vuestra, y daros entera y particular cuenta de lo que me pedís.—También habeis de confesar y creer, añadió Don Quijote, que aquel caballero que vencistes no fué ni pudo ser Don Quijote de la Mancha, sino otro que se le parecía, como yo confieso y creo que vos, aunque pareceis el bachiller Sanson Carrasco, no lo sois, sino otro que le parece, y que en su figura aquí me le han puesto mis enemigos, para que detenga y temple el ímpetu de mi cólera, y para que use blandamente de la gloria del vencimiento.—Todo lo confieso, juzgo y siento como vos lo creéis, juzgais y sentís, respondió el derrengado caballero: dejadme levantar, os ruego, si es que lo permite el golpe de mi caída, que asaz maltrecho me tiene.” Ayudóle á levantar Don Quijote, y Tomé Cecial, su escudero, del cual no apartaba los ojos Sancho, preguntándole cosas, cuyas respuestas le daban manifiestas señales de que verdaderamente era el Tomé Cecial que decía; mas la aprension que en Sancho habia hecho lo que su amo dijo, de que los encantadores habian mudado la figura del caballero de los Espejos en la del bachiller Carrasco, no le dejaba dar crédito á la verdad que con los ojos estaba mirando. Finalmente, se quedaron con este engaño amo y mozo, y el de los Espejos y su escudero, mohinos y malandantes, se apartaron de Don Quijote y Sancho, con intencion de buscar algun lugar dónde bizmarle y entablarle las costillas. Don Quijote y Sancho volvieron á proseguir su camino de Zaragoza, donde los deja la historia, por dar cuenta de quién era el caballero de los Espejos y su narigante escudero.

CAPÍTULO XV.

Donde se cuenta y da noticia de quién era el caballero de los Espejos y su escudero.

EN extremo contento, ufano y vanaglorioso iba Don Quijote, por haber alcanzado vitoria de tan valiente caballero como él se imaginaba que era el de los Espejos. de cuya caballescá palabra esperaba saber si el encantamento de su señora pasaba adelante, pues era forzoso que el tal vencido caballero volviese, so pena de no serlo, á darle razon de lo que con ella le hubiese sucedido. Pero uno pensaba Don Quijote, y otro el de los Espejos, puesto que, por entonces, no era otro su pensamiento sino buscar dónde bizmarse, como se ha dicho. Dice, pues, la historia, que cuando el bachiller Sanson Carrasco aconsejó á Don Quijote que volviese á proseguir sus dejadas caballerías, fué por haber entrado primero en bureo, con el cura y el barbero, sobre qué medio se podría tomar para reducir á Don Quijote á que se estuviese en su casa, quieto y sosegado, sin que le alborotasen sus mal buscadas aventuras, de cuyo consejo salió, por voto comun de todos y parecer particular de Carrasco, que dejasen salir á Don Quijote, pues el detenerle parecia imposible, y que Sanson le saliese al camino, como caballero andante, y trabase batalla con él, pues no faltaria sobre qué, y le venciese, teniéndolo por cosa fácil, y que fuese pacto y concierto que el vencido quedase á merced del vencedor; y así vencido Don Quijote, le habia de mandar el bachiller caballero se volviese á su pueblo y casa, y no saliese della en dos años, ó hasta tanto que por él le fuese mandado otra cosa; lo cual era claro que Don Quijote, vencido, cumpliria indubitavelmente, por no contravenir y faltar á las leyes de la caballería; y podría ser que, en el

tiempo de su reclusion, se le olvidasen sus vanidades, ó se diese lugar de buscar á su locura algun conveniente remedio. Aceptólo Carrasco, y ofreciósele por escudero Tomé Cecial, compadre y vecino de Sancho Panza, hombre alegre y de lucios cascos. Armóse Sanson, como queda referido, y Tomé Cecial acomodó sobre sus naturales narices las falsas y de máscara ya dichas, por que no fuese conocido de su compadre, cuando se viesen, y así siguieron el mismo viaje que llevaba Don Quijote, y llegaron casi á hallarse en la aventura del carro de la *Muerte*, y, finalmente, dieron con ellos en el bosque donde le sucedió todo lo que el prudente ha leído; y si no fuera por los pensamientos extraordinarios de Don Quijote, que se dió á entender que el bachiller no era el bachiller, el señor bachiller quedara imposibilitado para siempre de graduarse de licenciado, por no haber hallado nidos donde pensó hallar pájaros. Tomé Cecial, que vió cuán mal había logrado sus deseos, y el mal paradero que había tenido su camino, dijo al bachiller: "Por cierto, señor Sanson Carrasco, que tenemos nuestro merecido: con facilidad se piensa y se acomete una empresa, pero con dificultad las mas veces se sale della: Don Quijote loco, nosotros cuerdos, él se va sano y riendo, vuesa merced queda molido y triste. Sepamos, pues, ahora cuál es mas loco: ¿el que lo es por no poder menos, ó el que lo es por su voluntad?" Á lo que respondió Sanson: "La diferencia que hay entre esos dos locos, es, que el que lo es por fuerza lo será siempre, y, el que lo es de grado, lo dejará de ser cuando quisiere.—Pues así es, dijo Tomé Cecial, yo fui por mi voluntad loco, cuando quise hacerme escudero de vuesa merced, y por la misma quiero dejar de serlo, y volverme á mi casa.—Eso os cumple, respondió Sanson; porque pensar que yo he de volver á la mia hasta haber molido á palos á Don Quijote, es pensar en lo excusado, y no me llevará ahora á buscarle el deseo de que cobre su juicio, sino el de la venganza, que el dolor grande de mis costillas no me deja hacer mas piadosos discursos." En esto fueron razonando los dos, hasta que llegaron á un pueblo donde fué ventura hallar un algebrista con quien se curó el Sanson desgraciado. Tomé Cecial se volvió, y le dejó, y él quedó imaginando su venganza; y la historia vuelve á hablar dél á su tiempo, por no dejar de regocijarse ahora con Don Quijote.

CAPÍTULO XVI.

De lo que sucedió á Don Quijote con un discreto caballero de la Mancha.

Con la alegría, contento y ufanidad que se ha dicho, seguía Don Quijote su jornada, imaginándose, por la pasada vitoria, ser el caballero andante mas valiente que tenia en aquella edad el mundo: daba por acabadas y á felice fin conducidas cuantas aventuras pudiesen sucederle de allí adelante; tenia en poco á los encantos y á los encantadores; no se acordaba de los innumerables palos que en el discurso de sus caballerías le habían dado, ni de la pedrada que le derribó la mitad de los dientes, ni del desagradecimiento de los galeotes, ni del atrevimiento y lluvia de estacas de los yangüeses; finalmente, decia entre sí, que, si él hallara arte, modo ó manera cómo desencantar á su señora Dulcinea, no envidiara á la mayor ventura que alcanzó ó pudo alcanzar el mas venturoso caballero andante de los pasados siglos. En estas imaginaciones iba todo ocupado, cuando Sancho le dijo: "¿No es bueno, señor, que aun todavía traigo entre los ojos las desaforadas narices y mayores de marca de mi compadre Tomé Cecial?—Y ¿crees tú, Sancho, por ventura, que el caballero de los Espejos era el bachiller Carrasco, y su escudero, Tomé Cecial, tu compadre?—No sé qué me diga á eso, respondió Sancho; solo sé, que las señas que me dió de mi casa, mujer y hijos, no me las podría dar otro que él mismo; y la cara, quitadas las narices, era la misma de Tomé Cecial, como yo se la he visto muchas veces en mi pueblo y pared en medio de mi misma casa, y el tono de la habla era todo uno.—Estemos á razon, Sancho, replicó Don Quijote: ven acá: ¿en qué consideracion puede haber que el